

La voz se fue con la brisa, mezclada al ruido de las hojas, al hervor de mil ruidos menudos que como burbujas rodeaban la colina.

Jesuso comenzó a andar por la vereda más ancha del conuco.

En la primera vuelta vio de reojo a Usebia, inmóvil, incrustada en las cuatro líneas del umbral, y la perdió siguiendo las sinuosidades.

Cruzaba un ruido de bestezuelas veloces por la hojarasca caída y se oía el escalofriante vuelo de las palomitas pardas sobre el ancho fondo del viento inmenso que pasaba pesadamente. Por la luz y el aire penetraba una frialdad de agua.

Sin sentirlo, estaba como ausente y metido por otras veredas más torcidas y complicadas que las del conuco, más oscuras y misteriosas. Caminaba mecánicamente, cambiando su velocidad, deteniéndose y hallándose de pronto parado en otro sitio.

Suavemente las cosas iban desdibujándose y haciéndose grises y mudables, como de sustancia de agua.

A ratos parecía a Jesuso ver el cuerpecito del niño en cuclillas entre los tallos del maíz, y llamaba rápido: —"Cacique" —pero pronto la brisa y la sombra deshacían el dibujo y formaban otra figura irreconocible.

Las nubes mucho más hondas y bajas aumentaban por segundos la oscuridad. Iba a media falda de la colina y ya los árboles altos parecían columnas de humo deshaciéndose en la atmósfera oscura.

Ya no se fiaba de los ojos, porque todas las formas eran sombras indistintas, sino que a ratos se paraba y prestaba oído a los rumores que pasaban.

—¡Cacique!

Hervía una sustancia de murmullos, de ecos, de crujidos, resonante y vasta.

Había distinguido clara su voz entre la zarabanda de ruidos menudos y dispersos que arrastraba el viento.

—Cerbatana, cerbatanita...

Era eso, eran sílabas, eran palabras de su voz infantil, y no el eco de un guijarro que rodaba, y no algún canto de pájaro desfigurado en la distancia, ni siquiera su propio grito que regresaba decrecido y delgado.

—Cerbatana, cerbatanita...

Entre el humo vago que le llenaba la cabeza, una angustia fría y aguda lo hostigaba acelerando sus pasos y precipitándolo locamente. Entró en cuclillas, a ratos a cuatro patas, hurgando febril entre los tallos del maíz, y parándose continuamente a no oír sino su propia respiración, que resonaba grande.

Buscaba con rapidez que crecía vertiginosamente, con ansia incontenible, casi sintiéndose él mismo, perdido y llamado.

—¡Cacique! ¡Caciiiiique!

Había ido dando vueltas entre gritos y jadeos, extraviado, y sólo ahora advertía que iba de nuevo subiendo la colina. Con la sombra, la velocidad de la sangre y la angustia de la búsqueda inútil, ya no reconocía en sí mismo al manso viejo habitual, sino un animal extraño presa de un impulso de la naturaleza. No veía en la colina los familiares contornos, sino como un crecimiento y deformación inopinados que se la hacían ajena y poblada de ruidos y movimientos desconocidos.

El aire estaba espeso e irrespirable, el sudor le corría copioso y él giraba y corría siempre agujoneado por la angustia.

—¡Cacique!

Ya era una cosa de vida o muerte hallar. Hallar algo desmedido que saldría de aquella áspera soledad torturadora. Su propio grito ronco parecía llamarlo hacia mil rumbos distintos, donde algo de la noche aplastante lo esperaba.

Era agonía. Era sed. Un olor de surco recién removido flotaba ahora a ras de tierra, olor de hoja tierna triturada.

Ya irreconocible, como las demás formas, el rostro del niño se deshacía en la tiniebla gruesa, ya no le miraba aspecto humano, a ratos no le recordaba la fisonomía, ni el timbre, no recordaba su silueta.

—¡Cacique!

Una gruesa gota fresca estalló sobre su frente sudorosa. Alzó la cara y otra le cayó sobre los labios partidos y otras en las manos terrosas.

—¡Cacique!

Y otras frías en el pecho grasiento de sudor, y otras en los ojos turbios, que se empañaron.

—¡Cacique! ¡Cacique! ¡Cacique!...

Ya el contacto fresco le acariciaba toda la piel, le adhería las ropas, le corría por los miembros lasos.

Un gran ruido compacto se alzaba de toda la hojarasca y ahogaba su voz. Oía profundamente a raíz, a lombriz de tierra, a semilla germinada, a ese olor ensordecedor de la lluvia.

Ya no reconocía su propia voz, vuelta en el eco redondo de las gotas. Su boca callaba como saciada y parecía dormir - marchando lentamente, apretado en la lluvia, calado en ella, acunado por su resonar profundo y vasto.

Ya no sabía si regresaba. Miraba como entre lágrimas al través de los claros flecos del agua la imagen oscura de Usebia, quieta entre la luz del umbral.

NEORREALISMO.

INTRODUCCION:

Este ismo, que es el último que veremos, se distingue por su marcada tendencia social. Los escritores neorrealistas demuestran una gran preocupación por los problemas derivados de la deshumanización en los grandes centros urbanos y un compromiso hacia la sociedad que retratan en sus obras y de la cual forman parte.

OBJETIVOS:

- 1.- Mencionar qué generación es la precursora del neorrealismo.
- 2.- Enunciar lo que buscan y el sentimiento que experimentan los escritores de este ismo.
- 3.- Establecer los elementos de otros ismos que rehuyen los neorrealistas en su temática.
- 4.- Explicar cómo son los personajes de estos escritores.
- 5.- Mencionar las características de los cuentos neorrealistas (punto de vista, antecedentes, énfasis, estilo, etc.)
- 6.- Enumerar los caracteres de otros ismos que rechaza el neorrealismo.
- 7.- Explicar las características del cuento: "El niño de jun- to al cielo" y los elementos neorrealistas que se encuen- tran en él.

PROCEDIMIENTO:

Estudia el material adicional incluido enseguida. Lee y analiza el cuento que se localiza después del cuestionario.

ACTIVIDADES:

- 1.- Contesta el cuestionario que corresponde a este capítulo.
- 2.- Lee y observa en el cuento: "El niño de junto al cielo" de Enrique Congrains Martín:

- a) Argumento.
- b) Tema.
- c) Estructura (divisiones).
- d) Personajes (aspecto físico y rasgos de carácter).
- e) Forma (lenguaje, manera en que está escrito).
- f) Contenido (ideas).
- g) Caracteres neorrealistas.

Haz, por escrito, un comentario sobre estos puntos, incluyendo tu opinión personal.

Estas dos actividades son el requisito para presentar la evaluación.

RITMO DE TRABAJO:

- 1er. día.- Objetivos 1 al 6.
- 2o. día.- Actividad 1.
- 3er. día.- Objetivo 7; actividad 2.
- 4o. día.- Repaso general.

NOTA:

En el examen, aparte de teoría, se preguntará sobre el cuento, para comprobar su lectura y análisis.

Aunque el cosmopolitismo todavía predomina entre la mayoría de los autores, ya se desprende una nueva tendencia entre los jóvenes escritores nacidos por 1930. Muchos de ellos asumen luciendo los adelantos técnicos de la generación anterior, pero pronto se convencerán de la necesidad de una literatura menos libresca y más comprometida.

Estos jóvenes, angustiados por la amenaza de una guerra atómica, no aceptan el existencialismo como la respuesta final. El establecimiento de las nuevas naciones de Asia y de África y el ambiente revolucionario de toda Latinoamérica les despertó el entusiasmo y la conciencia social.

Para su temática, los neorrealistas rehuyen tanto de la fantasía de algunos de los cosmopolitas como del ruralismo de los criollistas. Sus personajes son casi exclusivamente los pobres - a menudo niños o adolescentes - que viven en los barrios inmundos de las grandes ciudades. No hay protesta ni contra la naturaleza ni contra los explotadores humanos. Dánse cuenta de la mayor complejidad de los problemas, no ofrecen soluciones fáciles. Sus cuentos tienen un solo plano, el presente. Hay un mínimo de antecedentes históricos, geográficos, sociales y personales. El énfasis está en un solo episodio por medio del cual el lector puede comprender el fondo que quiera.

El estilo es escueto sin las descripciones épicas de los criollistas ni el experimentalismo de los cosmopolitas.

El neorrealismo es una tendencia que apenas se está definiendo en estos días, sería difícil presagiar su duración y el valor de su contribución.